

## El loco danzarín

Trabajaba en una planta baja. Desde mi despacho me distraía a veces, a través del ventanal, con el ajeteo exterior. Estaba tan habituado al ambiente de la calle —trabajaba desde hacía veintidós años como empleado en el mismo almacén de uralita— que aquella mañana me di cuenta instantáneamente de que algo anormal estaba sucediendo.

Sin duda se iba a realizar, cosa frecuente en aquel tiempo, una detención, pues aquellos hombres tan despegados del ambiente habitual de la calle no podían ser otra cosa que agentes de la policía. Advertí que paraban el coche a la vuelta de la esquina y que tomaban posiciones. ¿A quién buscarían? Yo, fumando, les miraba curiosamente.

De pronto, irrumpieron en mi despacho.

Fui detenido.

En efecto, yo estaba en contacto con el F. L. N. y apoyaba, en la medida de mis escasas posibilidades, la causa de la independencia argelina.

Otros han contado, con mucha más autoridad que yo y con muy expresivos detalles, las principales torturas a que eran sometidos los hermanos apresados por las fuerzas paracaidistas —golpes, sed, tortura eléctrica, drogas...—. En consecuencia, no es mi propósito añadir a tales descripciones nada importante.

Sin embargo, me parece curioso que nadie haya hablado del loco danzarín; sistema que, sin embargo, no creo que fuera empleado solamente conmigo.

El día 4 de julio, después de ser cruelmente torturado (en el centro de criba de X...) y en vista de que yo no declaraba los nombres de mis contactos —pude soportar con entereza los golpes en el vientre, las patadas en la boca e incluso que me quemaran los pelos del pubis—, uno de los verdugos dijo: “Está bien, está bien; si no quiere hablar, echadlo al loco”.

Poco después, atado de pies y manos, fui arrojado a un calabozo débilmente iluminado por una bombilla colgante del altísimo techo.

Lo primero que oí fue una alegre risa a mi espalda. Era el loco: un tipo alto, pálido y sonriente. Me miraba y seguía riendo como si mi aspecto le resultara divertido. Después empezó a danzar en torno a mí, que no podía ni moverme y lo miraba con creciente terror. El loco, de pronto, pareció enfurecerse como si algo de mi conducta le enfadara; entonces me golpeó en el pecho con el pie y me cogió por los pelos para después soltar mi cabeza contra el suelo. Gemí. A él pareció irritarle sobremanera mi gemido y tuvo como un ataque de ira; comenzó a gritarme cosas ininteligibles y amenazadoras. Me agarró por el cuello y presionó hasta hacerme sacar la lengua. Rió alborotadamente; después sacó una cucharilla del bolsillo y trató con ella de vaciarme un ojo, relamiéndose como si tuviera un excelente apetito. Entonces grité, grité pidiendo socorro a mis verdugos. Poco después, en el paroxismo de mi terror, dije los nombres de mis contactos.

¡Pierre, Kabir, nunca os he vuelto a ver!

¡Perdonadme! ¡Perdonadme todos!